

CUESTIONARIO SOBRE JUAN GODOY. RESPUESTAS DE WALDO ROJAS¹

PREÁMBULO NECESARIO

Mi relación con Juan Godoy fue, primero, en el tiempo, la de alumno suyo en el Instituto Nacional, hacia 1956-57. Comparto plenamente lo que fuera la impresión de otros alumnos, compañeros, del colegio: un docente singular, en su apostura, en su modo muy personal de hacer uso de la palabra, su natural erudición, en su afán de llevarnos a gustar la lengua y amar la escritura. Recuerdo que en su primera clase nos adelantó que pasaría todo el programa anual del curso de Castellano en un par de lecciones, y que en todo el resto nos hablaría de literatura. Y en efecto, en una de esas primeras clases nos leyó y comentó largo la primera página de *El Viejo y el Mar*, de Hemingway. Muy pronto nos enteraríamos de quién había sido y era Juan Godoy en las letras chilenas.

Yo terminé la secundaria hacia 1962 luego de haber sido elegido presidente de la Academia de Letras del Instituto hacia 1960-61, a cuyas sesiones Godoy debió asistir en algunas ocasiones. Es el caso que no volví a ver personalmente a mi profesor fuera del Instituto sino en raras oportunidades; en cambio, gracias a la biblioteca del Instituto, había leído ya entonces sus novelas principales. Estudiante universitario en los años siguientes no volví a cruzarme con Juan Godoy muy a menudo y sólo en algún bar o fuente de soda, que yo frecuentaba con mis amigos. Me acercaba a su mesa y me identificaba como su exalumno, Godoy hacía además de situarme como tal, y con ese preámbulo llegábamos a intercambiar algunas palabras.

El azar quiso que una mañana, muy temprano, a fines del verano de 1965, mientras volvía yo de vacaciones de Concepción y descendía del bus Vía Sur en la Plaza Almagro, reconocí en una esquina a Juan Godoy quien salía notoriamente de un largo trasnoche bebestible y esperaba locomoción. Me acerqué, me presenté, dijo reconocerme y acto seguido me pidió que lo acompañara en la micro a su casa, en la calle Silva, adonde venía, dijo, a cambiarse ropa. Ahí me presentó a su hija Elisa, Elie, quien preparó café que bebimos en familia; luego de unos retoques de aseo personal,

¹ Cuestionario dispuesto por la Redacción de los *Anales de Literatura Chilena*.

Godoy partió como había llegado. Elie, profesora de Artes Plásticas, y yo no tardamos en hacer buenas migas y esta amistad nacida de aquel azar paternal nos llevó al matrimonio un año más tarde. Ya casados, nos mudamos de hogar repetidas veces antes de habitar la casa de calle Argomedo. No fueron, sin embargo, numerosas las ocasiones en que Juan Godoy llegaba muy de paso a ese hogar. Teníamos una muy buena relación de suegro a yerno, nos respetábamos y, por cierto, nos teníamos especial afecto. Compartíamos la visión de la situación chilena de esos años, pero no solíamos hablar muy largo de literatura. Venido el golpe de estado, debimos partir asilados en 1974. En París supimos de la muerte de Godoy en 1981, con el triste y doble pesar de no poder, a causa de nuestra condición de exilio, viajar a Chile a sus funerales. Fue necesario esperar el año 1986 y disponer de un visado francés para volver brevemente a Santiago y visitar su tumba.

1. ¿Cuál es y cuál debería ser reconocida como la 'situación' de Juan Godoy en la literatura chilena? Es decir: ¿cómo se le valoró en su momento y cómo se le ve hoy entre nosotros?

Comparto en buena medida los propósitos de Víctor Hernández cuando apunta a este respecto: “No es tarea fácil escribir o hablar sobre Juan Godoy. El autor, figura relevante y emblemática de la denominada generación del 38, quien, junto a nombres como Nicomedes Guzmán, Oscar Castro, Andrés Sabella, Fernando Alegría, Francisco Coloane, Nicasio Tangol y Carlos Droguett, por citar algunos creadores, dieron vida a un movimiento cultural único en las letras chilenas. Pasó de la admiración de colegas y críticos a un largo e impensado olvido. Cuesta encontrar a Juan Godoy en las principales librerías del país, incluso en las bibliotecas públicas más importantes.”

Las razones de este “olvido”, por decir lo menos, merecen ser tematizadas por nuestra historia literaria. Son éstas numerosas y sería difícil entrar en pocas líneas en su detalle. Sin embargo, aparte el hecho de que sus obras aparecieron en ediciones limitadas y publicadas por sellos secundarios, y que, a pesar de ello, hubo en un momento sobre su escritura, hacia los años 50, un franco consenso de crítica corriente y hasta acogida institucional: un bello y fino cuento suyo, “El ramal o el canario bombero”, de 1950, fue incluido en el manual escolar *El niño chileno*. Más tarde fue cuestión de una asimilación somera, convencional, y sobre todo falible de su obra al realismo novelesco tradicional, ya de capa caída.

No hay que dejar de lado tampoco que por esos mismos años el Chile de la Guerra Fría vive una súbita y severa crisis económico-social (inflación, desmantelamiento definitivo de la minería del salitre, aparición de las poblaciones callampas, etc.) y política: permanencia en vigor de la llamada Ley de Defensa de la Democracia, polarización político-social permanente. Situaciones que, por decir lo menos, enrarecían el clima de la vida cultural chilena y aceleraban el vuelco generacional. Adviene así al campo literario, por ejemplo, un nuevo grupo de prosistas, poetas, dramaturgos, ensayistas y

críticos que, junto con marcar preferencias por temáticas urbanas, comparten una forma de escepticismo respecto de la tradición literaria aún vigente, reclamando la superación del criollismo y volviendo la mirada, por ejemplo, hacia la literatura norteamericana. Dicho acopio de nuevos autores –algunos de valía prontamente estimada– se acompañará de un también nuevo público lector, apetente de novedad y que las casas editoras se apresuran a atraer al mantel de su bien provista mesa.

De vuelta a Juan Godoy, si bien la persona del escritor fue la de un hombre de deambulación urbana y de sostenida bohemia de bar, su nombre en el ámbito literario público, como por lo demás el de otros notables escritores de su generación, se había ido recluyendo en un cobijo legendario, difuminado, es cierto, pero sin esfumarse del todo de la ya frágil memoria cultural chilena que el borrón y cuenta nueva del régimen militar decide dar de baja junto con el pasado democrático del país.

Vino a resultar, por lo mismo, el hecho doblemente inusitado de toda una serie de notas y artículos de prensa aparecidos a partir del día siguiente mismo de conocida la fecha de la muerte del creador del “angurrientismo” literario chileno. Propósitos todos amparados en un cierto sentir de pesadumbre ordinaria ante la desaparición de un escritor meritorio, y de menos usual compunción, un si es no es culposo, por el hecho de haber sido su partida la ocasión tardía de restituir su figura en el debido sitio del horizonte de nuestras letras.

Se sabe, en efecto que en aquel ambiente polémico de puesta en cuestión de vastas dimensiones de la realidad social y cultural chilena que va a caracterizar los últimos años del decenio de 1938, Juan Godoy había concluido hacia 1939 el manuscrito de su novela *Angurrientos*, y hecho circular entre sus amigos y colegas más cercanos antes de ser publicada en 1940. Su acogida fue inmediata entre lectores de ese momento también muy diversos.

Hoy en día la renovación de los estudios literarios y pese a la interrupción o discontinuidad de la vida cultural chilena durante el régimen militar, se ha vuelto a reconsiderar en alguna medida lo que fuera la así llamada Generación del 38. Antologías y artículos académicos han retomado en alguna medida el estudio de aquella etapa de nuestras letras. La edición por LOM de la *Narrativa completa* de Juan Godoy, incluyendo testimonios memoriosos de intelectuales chilenos de hoy día, testimonia de ello.

2. Su biografía aparece como muy sumaria y hasta algo misteriosa. Que nació en Chillán en 1911 es uno de los escasos datos que se registran (pero no se informa con seguridad ni siquiera de su segundo apellido). ¿Cuál fue su proceso formativo, hasta llegar a ser Profesor de Castellano? Incluso en su ciudad natal se sabe muy poco de esas circunstancias, porque es posible que no hubiera estado mucho tiempo allí.

Sobre la biografía de Juan Godoy ha habido y hay información; algo dispersa, es verdad, pero consultable hoy día en más de alguna biblioteca. Desde ya hay datos biográficos en la tesis doctoral (inérita) de Lina Schalchly, presentada en el Instituto

Pedagógico de la Universidad de Chile, en 1955, dirigida por Eleazar Huerta, y a menudo citada en artículos de especialistas. Los hay también, y no en menor cuantía, en la tesis del profesor estadounidense Thomas E. Lyon, quien viajó a Chile hacia 1969-70 con ese objetivo, y que fuera publicada en Nueva York, en 1972, disponible en la Biblioteca Nacional. En entrevista concedida al mismo Lyon, Juan Godoy considera a aquellos escritores contemporáneos que, entre otros, serían asimilables a las orientaciones definitorias del angurrientismo, nombrando a Fernando Alegría, Guillermo Atías, Daniel Belmar, Baltazar Castro, Oscar Castro, Francisco Coloane, Carlos Droguett, Víctor Franzani, Nicomedes Guzmán, Reinaldo Lomboy, Luis Merino Reyes, Nicasio Tangol y Volodia Teitelboim.

Se sabe, efectivamente, que Juan Godoy nació en Chillán en 1911, hijo de Juan Antonio Godoy Astudillo y Elisa Corbalán Cabello. Su padre, músico de formación, se desempeñaba como director del Orfeón militar, razón por la cual la familia debió emigrar primero a Ancud, en la isla de Chiloé, en 1913, y más tarde, siguiendo los traslados territoriales de su unidad militar, a Antofagasta hacia 1918. En esta ciudad del norte J. Godoy asiste a la escuela primaria y cursa dos años de secundaria en el liceo público de esa ciudad. En 1925 la familia Godoy Corbalán debe emigrar a Santiago y Juan prosigue aquí su secundaria, siendo entonces alumno de Mariano Latorre, futuro Premio Nacional de Literatura en 1944.

En 1925, Godoy es un adolescente de 15 años cuando fallece su padre. Su madre, persona dotada de talento musical, supo transmitir a su hijo su interés por el arte melódico y el ritmo, aptitudes que Juan Godoy buscó incorporar a su propia narrativa desde temprano. Dicha particularidad de estilo literario será señalada a menudo por la crítica literaria a lo largo de su obra. Es en 1931 que el joven Godoy se gradúa de estudios secundarios en los liceos Valentín Letelier y en el José Victorino Lastarria. Al año siguiente, Godoy ingresa a estudiar en el Instituto Pedagógico de Santiago, en la disciplina de Literatura Española y Gramática. El así llamado “Pedagógico”, era por entonces una dependencia de la Universidad de Chile con el objetivo de formar profesionalmente al profesorado de la educación secundaria. Los profesores del joven Godoy fueron entonces Yolando Pino Saavedra (1901-1992), César Bunster (1894-1970), Rodolfo Oroz (1895-1997), Ricardo Latcham (1903-1965) y de nuevo Mariano Latorre. Estudiante universitario reconocidamente sobresaliente, se distinguirá pronto en ese medio por su personal dominio del español no sólo en su desempeño docente sino en lo que será en adelante y toda su vida aquello que podemos llamar su particular sociabilidad idiomática. En el plano laboral, Juan Godoy dicta clases en el Liceo Nocturno Federico Hansen y en el mismo Instituto Pedagógico, y a mediados de la década del 40 y comienzos de los 50 ejercerá el magisterio en el Instituto Nacional y en la Escuela Nacional de Artes Gráficas.

“Por esa misma fecha” –apunta el profesor Víctor Hernández– “tanto en las aulas del Instituto Pedagógico, como en las dependencias del restaurante Zum Rhein,

en calle Bandera, ubicado en el mismo lugar donde hoy se levanta la sede central del Banco del Estado, jóvenes escritores como los poetas Claudio Indo y Víctor Franzani, y los narradores Fernando Alegría, Leoncio Guerrero, Nicasio Tangol, Francisco Coloane, entre otros, se congregan en torno a la figura de Juan Godoy”. Voluntades reunidas, aquellas, con el propósito de dar cuerpo sapiente al movimiento literario que se llamará ‘Angurrientismo’.

Es en abril de 1933 que Juan Godoy contrae matrimonio con Regina Astica Fuentes (hermana menor de Manuel Astica). La literatura fue sin duda un factor de la mutua cercanía y luego alianza marital de esta pareja, pues Juan Godoy redactaba pluma en mano sus escritos que Regina transcribía luego en una máquina de escribir; Godoy releía esas páginas mecanografiadas, tachaba, reescribía, añadía con su pluma palabras o frases en los márgenes o en el espacio entrelíneas, como podemos comprobar hoy día en el manuscrito encuadernado de *Angurrientos* conservado en nuestra biblioteca. Cabe imaginar que algo de la sensualidad dactilar, sensorial, de esta forma ancestral de llevar en primera instancia la palabra al papel se inervaba en el registro tan propio de la poeticidad paladeable de la prosa de Juan Godoy.

La familia Godoy Astica toma entonces residencia en casa de doña Elisa Corbalán, la madre de Juan, una vasta casa-quinta situada en el barrio Recoleta-Independencia, entre las calles Inés de Suárez y San Gerardo, propiedad con ingreso desde ambas calzadas, un patio de arboledas frutales, jardín y hasta cruzada por una acequia de regadío. Al año siguiente, es nombrado ayudante de Gramática moderna en el Instituto Pedagógico, y más tarde egresado del curso especial de Filosofía de esta institución académica. En 1938 obtiene el título de docente en Castellano y Filosofía con la tesis: “Las categorías gramaticales, en relación con las categorías lógicas y psicológicas”.

Vale a este punto citar al profesor Grínor Rojo: «En esa zona, ‘por el callejón de Recoleta abajo’, como escribe Godoy, que en la época de *Angurrientos* (y que al parecer es contemporánea con la fecha de publicación de la novela, 1939) era todavía un área semi rural, donde alternaban los obreros del cementerio y los del calzado con las putas, los vagos ciudadanos, los carretoneros y los gañanes desplazados o en vías de desplazamiento desde el campo a la ciudad, planta el novelista el escenario de su relato”.

Julio Moncada dice, a su vez, recordar con precisión la higuera del fondo de la casa, bajo cuyo verde toldo se hacían las reuniones del domingo. Joven de quince años, podía alternar allí con Manuel Astica Fuentes, con Cerda Barrios además de otros invitados, personalidades ya célebres de las letras chilenas, y, por cierto, con el dueño de casa, Juan Godoy, quien en esos años entre 1938 y 1940, era ya uno de los líderes de las nuevas corrientes novelísticas dando expresión a los conceptos básicos del neorrealismo de tendencia social en su novela *Angurrientos* (1940). Vendrán más tarde *La cifra solitaria* (1945), *Sangre de murciélago* (1959), y en sus cuentos de *El gato de la maestrana* (1952), y una serie de ensayos y artículos de crítica. “Mariano Latorre, quien dio el espaldarazo a su obra primeriza –advierte Vanessa Tessada en

su tesis de Licenciada en Historia–, le comparó a Gabriel Miró y la etiqueta no se ha borrado a través de los años”.

La residencia de Godoy en aquel lugar de intensa sociabilidad literaria como era la “casa de la Higuera” junto a su familia, pondrá fin hacia 1947-48, cuando un raptó de infidelidad conyugal del escritor llevará el matrimonio a su crisis: Regina Astica decide mudarse, camas y petacas, junto sus cuatro hijos al barrio Matadero de Santiago, calle Silva, en la frontera de la comuna de San Miguel. En adelante la vida marital y familiar de Godoy, será de un constante ir y venir de reencuentros y desencuentros.

Un elemento biográfico en la vida y obra de Juan Godoy por esas fechas dice relación con su creciente adicción a la bebida. Llegado a cierto grado de ebriedad, era presa de oscuros resentimientos venidos del resabio de no recibir su obra y persona todo el reconocimiento público que debían merecer. Su personalidad se transfiguraba volviéndolo atrabiliario, amargo, intratable, irreconocible para su entorno habitual. Es así que, aconsejado por sus próximos, en 1950-51, ingresa voluntariamente al Hospital Psiquiátrico El Peral, ubicado en la comuna de Puente Alto, más conocido como Opendoor, en donde permanecerá en tratamiento anti-alcohólico unos meses. De este episodio clínico nace su novela *Sangre de murciélago*.

En 1963 sobreviene el fallecimiento de Regina Astica en la casa de calle Silva donde vivía ella con sus cuatro hijos aún solteros. Juan Godoy tendrá intermitentemente en aquel domicilio un espacio donde recalar, incluyendo un rincón para su biblioteca. Hacia 1965, Godoy, viudo, contrae matrimonio con Marta Sáens, madre de su quinto hijo. Unión de breve plazo antes de unirse libremente con la poeta Yolanda Lagos, hasta sus últimos días, en 1981, y será sepultado en el Cementerio General de Santiago.

Visto todo lo anterior, vale hacer notar que toda la narrativa de Juan Godoy comporta diversamente componentes biográficos. No solamente en la referencia a lugares y a personajes existentes, sino en un dispositivo ostensible de estilo que consiste en fundirse el narrador, en lenguaje y modos de sentir, con los seres narrados.

3. *¿Qué características de su escritura le parecen más relevantes y le confirieron en su tiempo, entre sus pares y lectores del llamado ‘neorrealismo’, un estatuto singular de diferenciación?*

El término de «neorrealismo», valga recordar, se aplicó en Europa, después de la Segunda Guerra Mundial y primeramente al cine. Alude a la gran crisis general consecutiva relatando historias inspiradas en la realidad y los problemas sociales del momento con afán de hacer conciencia de la necesidad de construir un porvenir. Seguidamente el término se reservó a ciertas ramas de la literatura. Son estimados así escritores como Cesare Pavese e Italo Calvino, luego Alberto Moravia, Carlo Levi, etc. En tanto orientación literaria, alude a aquella escritura cuyos antecedentes se remontan a los años 30-40, y que expresa, prevaliéndose de una representación analítica, dramática, de la existencia humana, la intolerancia ante el vacío de las convenciones

burguesas y el tedio profundo de una vida desprovista de sentido. Por otra parte, el relato neorrealista presenta variadas técnicas específicas en la personificación del narrador, la catadura de los personajes y el desarrollo de situaciones dramáticas, etc.

Sin embargo, la prosa narrativa de Juan Godoy toma sus distancias con aquel modelo. Si bien sus personajes y las situaciones que estos viven se alojan en un espacio social diversamente marginal, “la subversión insidiosa que del realismo treintayochista lleva a cabo Juan Godoy no se detiene ahí” –nos precisa el citado Grínor Rojo–. “No hay tampoco en *Angurrientos* la intención de representar el cotidiano chileno de una manera ‘seria’ y ‘significativa’, sino que, por el contrario, dicho cotidiano se convierte por una parte en el pretexto de un desfile de criaturas y acciones esperpénticas y por otra, en la causa de un desaliento corrosivo en la conciencia del narrador y en la de su alter ego, el protagonista de la novela, respecto de cualquier asomo de optimismo político o filosófico. Esto significa que la de Godoy es una realidad absurda, que no se compadece en absoluto con la ideología edificante del realismo crítico, progresista o como quiera llamársele”.

“Esta preferencia de Godoy –nos advierte el profesor Cedomil Goic– es también de su generación, cuya nota popularista, plebeyista, le es grandemente peculiar. Pero Godoy no ha hecho realismo social y ésta es su virtud propia y diferencial. (...) Su prosa narrativa, de proliferante imaginiería y matizado estilo, de acentuada propensión pictórica –prosigue C. Goic–, desenvuelve con eficacia el mundo sensual en que se ocupa. La condición de estilista de que goza Juan Godoy es única en su generación. Tiene un real dominio y conocimiento del idioma y de sus posibilidades, de la lengua culta y de la popular. Ningún escritor de su generación, embarcado en la imaginiería que caracteriza a la novela de un extenso período, consiguió triunfar sobre la materia como Godoy”.

4. *¿Cuáles serían los rasgos principales de esa corriente caracterizadora de ‘lo chileno’, o de un sector de ‘lo chileno’, que él denominó ‘angurrientismo’? ¿Qué proyección tuvo este propósito en su momento y hasta dónde alcanzaría esa denominación a definir el desarrollo de su trabajo narrativo, pensando en relatos suyos que parecen algo distantes de esa noción?*

Es sin duda el título palmario y los dispositivos narrativos de la novela *Angurrientos* lo que dio ingreso a ese mismo concepto en la historia de nuestra literatura y que se ha querido aplicar a una eventual “corriente” o movimiento literario. “Angurrientos –afirma C. Goic–, novela un mundo de ultramapocho, transcrisobalino; escenario popularísimo de miserables galleros, hampones, abasteros, albañiles o picapedreros”.

En cuanto a la procedencia y significados de dicho término “angurriento”, el profesor Luis Muñoz, en su diccionario de movimientos y grupos literarios chilenos, lo explica como una “invención” del autor proveniente del chilenuismo “angurria”, el que tiene como significado “hambre canina”, “hambre del pueblo”. Godoy transfiere

dicha interpretación hacia el ámbito espiritual e intelectual, en donde el “angurrientismo” se transformaría en una percepción abarcadora y comprensiva de lo humano, de su “apetencia vital de estilo”.

En un vasto ensayo crítico, en fechas ya más recientes, el profesor Román Soto apunta que “se lee *Angurrientos* (...) como las voces que se oyen en la calle o entre las mesas de un bar. La novela de Godoy es una novela callejera y de taberna: allí reside su poderosa y cautivante ambivalencia. Une tanto la vitalidad, el movimiento, los aromas y las formas de la calle, y la suciedad y colorido de los depósitos de vino clandestinos, como su precario, pero perversamente atrayente, desamparo. *Angurrientos* es una novela sensual (...), carnavalescamente grotesca. Apela constantemente a los sentidos: sus metáforas (...) construyen cuadros que integran diversas relaciones cinestésicas que unen lo visual con lo táctil, lo auditivo, lo olfatorio y el gusto: lo sexual”.

Se puede avanzar, sin entrar en precisiones de orden técnico literario, que lo propio de la escritura planteado en la novela de Juan Godoy redundaba en descoyuntar el orden narrativo y las premisas secuenciales de la corriente “criollista”, a la que en cierto modo la obra de Godoy tendía a sobrepasar sino a poner en jaque.

En entrevista concedida al ya nombrado profesor Thomas Lyon, Juan Godoy considera a aquellos escritores contemporáneos que, entre otros, serían asimilables a las orientaciones definitorias del angurrientismo, nombrando a Fernando Alegría, Guillermo Atías, Daniel Belmar, Baltazar Castro, Oscar Castro, Francisco Coloane, Carlos Droguett, Víctor Franzani, Nicomedes Guzmán, Reinaldo Lomboy, Luis Merino Reyes, Nicasio Tangol y Volodia Teitelboim.

La condición de «angurriento» así planteada, concierne, sin embargo, una gama social amplia y en cierto modo vertical. Los personajes de *Sangre de murcié-lago*, por ejemplo, son diversos y múltiples, congregados como viven, a causa de su común dependencia enfermiza al alcohol, en el recinto del “Instituto de Toxicómanos o “Instituto de Reeducción Mental”. Personajes disimiles por condición social tanto como por el historial alcohólico que ha descalabrado sus respectivas existencias familiares y profesionales, comparten con el narrador —que es él mismo un personaje central—, una sociabilidad de relativa reclusión, a base de intercambio de historias, anécdotas, tramos de erudición o raptos de humor de que está hecha toda la novela. En cierto modo el narrador, digamos central, hace acopio de ecos autobiográficos y se desdobra a través de estos mismos en cada uno de esos interlocutores: les presta su lenguaje. A lo largo del estilo narrativo de toda la novela, abunda justamente un léxico de voces de un castellano clásico, formas altamente inusitadas en nuestra narrativa, como lo es igualmente, en ciertas conjugaciones, el empleo aquí frecuente de pronombres enclíticos o el recurso del voseo reverencial en diálogos ordinarios.

5. Su labor pedagógica, como Profesor de Castellano en el Instituto Nacional, se comentaba siempre muy elogiosamente en los años 50 y 60. Abundan los testimonios de sobresalientes ex alumnos suyos que lo puntualizan, como se lee en el Prefacio que usted escribió para la Narrativa completa, recientemente publicada por Lom. Usted, que recogió esos testimonios y que tuvo una relación tan cercana con él, ¿podría agregar algo sobre este aspecto tan central de su trabajo y de su saber literario?

Digamos, en primer término, que el proyecto de reeditar la narrativa de Juan Godoy fue un propósito de mi esposa Elie y yo mismo desde la fecha de su muerte. Tentativa impensable sino imposible por esos años. Vuelta la democracia en los 90, en cada viaje a Chile, desde 1986, tratamos de interesar a alguna institución pública o algún editor privado, pero sin respuesta concreta.

Hacia el 2015, la editorial LOM, con quien tenía yo contactos desde París, entre otras razones personales por haber publicado bajo ese sello uno de mis poemarios, retuvo la idea con interés, pero la decisión final vino un par años más tarde al cabo de los cuales habíamos reunido todos los libros de Godoy, incluso alguno en manuscrito, y que presentamos al Comité editorial de LOM. La idea de incluir testimonios de sus alumnos me pareció particularmente pertinente, y así se hizo. La respuesta de sus alumnos o conocidos fue inmediata.

Dice al respecto Jorge Guzmán: “Fui su alumno en el Instituto Nacional, junto con León Schidlowsky (Premio Nacional de Música), Guillermo Núñez (Premio Nacional de Artes Plásticas) y Eduardo Martínez Bonati (pintor de reconocimiento mundial). Creo que los cuatro le debemos mucho a las clases de Juan, pero su mayor deudor soy yo. Empecé a escribir bajo la influencia de la lectura de su novela *Angurrientos*. Me pareció deslumbrante que el lenguaje pudiera ser usado de esa manera. Creo que es uno de los hombres más inteligentes y cultos que haya conocido nunca”.

...Y Guillermo Núñez: “Juan Godoy le dio alas a nuestras ansias de ir más lejos que nuestro cotidiano escolar en el Instituto Nacional. Juan Godoy, prosista refinado, culto a más no poder, supo guiar nuestros balbuceos por descubrir la belleza, adentrarnos en la poesía, el arte, la literatura. Buscó envenenarnos con la belleza según sus propias palabras. Estaré siempre agradecido de ese veneno que, para mí, ha sido agua lustral, bautismo, fermento, germen de todo lo que soy ahora: preguntarme, interrogarme siempre y saber mirar el mundo con ojos de niño asustado y curioso”.

Y Grínor Rojo: “No fui alumno de Juan Godoy, pero lo escuché leer sus textos más de una vez, en la Academia de Letras Castellanas del Instituto Nacional. Yo era un mocoso de catorce o quince años, que había decidido ser escritor. Oír a don Juan leer “El gato de la maestranza” o algún capítulo de *Sangre de murciélago* fue para mí una revelación. El poder de sus imágenes y la riqueza eufónica de sus palabras me enseñaron de qué manera podía yo ser eso a lo cual aspiraba, en qué consistía en realidad lo de ser escritor. Más tarde leí todos sus libros y los admiré, pero me quedé con *Angurrientos*”.

Y Antonio Skármeta: “Tuve una gran impresión de Juan Godoy. En ese tiempo compramos en el curso *El Gato de la Maestranza*. Como me interesaba ya en el Instituto la literatura, era bastante activo cuando preguntaba algo, e incluso me iba conversando con él desde el segundo piso a la sala donde él tenía que dejar el libro de alumnos. Recuerdo que cuando le conté que me gustaba escribir, me dijo que tenía que leer mucho antes de publicar algo. Me sugirió que leyera a Gogol y Chéjov. Tardé en hacerlo porque yo andaba entonces loco con Hemingway y Saroyan. Cuando leí a Chéjov un par de años más tarde, quise comentarle cuánto me había emocionado, pero nunca se dio la ocasión”.

Y todavía, entre varios otros, Manuel Silva Acevedo, Premio Nacional de Literatura: “A mí no me tocó tener a Juan Godoy como profesor en el Instituto, pero sí recuerdo haber leído con estremecimiento su novela *Angurrientos*. Ningún otro escritor de la generación del 38 ni de promociones posteriores alcanza ese grado de visceralidad y pulsiones vitales tan extremas como Godoy. Quizás Carlos Droguett, con su *Ñato Eloy* y Nicomedes Guzmán, con su *La sangre y la esperanza*, se aproximan al estilo crudo y feroz de Juan Godoy, para quien “el hambre voraz de ser es propio del chileno. El roto ‘angurriento’ no deja nada en el plato de la vida, se lo come todo en un día. Come en exceso, bebe en exceso, ama en exceso, muere en exceso”.

Por mi parte, hacia fines de mi escolaridad institutana, había sido yo elegido presidente de la Academia de Letras Castellanas del Instituto. Juan Godoy solía aparecer en algunas sesiones de modo que, hacia comienzos de los 60, vino a presentarnos la segunda edición de su *La cifra solitaria* y nos leyó en voz alta algunas páginas. Todas y cada una de sus obras me habían sido, ya por entonces, estímulo para “entrar en literatura”, pero mi encuentro con esa breve novela, a mi juicio un amplio poema en prosa, hizo que durante años retuviera y recitara de memoria sus primeras líneas: “El callejón de la Industria, rúa mordida de trumao, finísimo polvo inquieto que el viento embuda y lleva en sus alas, y quiere ser la piel de todas las cosas, y se le lleva en los dedos como polen maligno! Este trumao, que oculta la boyada, las pjaras de cerdos, algún canónigo, las ovejas mueren dulcemente, los campesinos, se penetra de luz estiva, alado al fondo; cierra todos los caminos de las tierras natales y se torna, en los cruentos inviernos, bajo luz cruda, un barro chirle, inclemente, que embadurna la barriga de las bestias o las ahoga en labios de silencio”.

6. *Sus lectores actuales lo consideran un escritor de culto, por así decirlo, y no es infrecuente que sus seguidores comenten con elogio sus cuentos de El gato de la maestranza o su novela Sangre de murciélago. ¿Ve usted alguna diferencia significativa entre esas obras y la primera, Angurrientos? ¿En qué residiría tal diferencia?*

El término adjetivo “de culto”, ya se sabe, viene del cine y ha sido popularizado por aquella cinematografía actual que ha adquirido alguna clase de culto popular, ya sea

por su formato o por su producción, pero sobre todo por su trama o por su significado histórico o su ideología. Las películas de culto suelen considerarse, así, polémicas, debido a que incluyen ideas o temas notablemente controvertidos o a que, siendo más convencionales en su temática, la presentan de un modo alejado de los convencionalismos estéticos visuales o narrativos, puesto que ignoran los estándares de la cultura principal y se asimila en los géneros del cine de explotación, caracterizados por sus ideales de transgresión social. Su aplicación a la literatura admite ser reconsiderada, así no fuere por el recurso obvio de las letras a la retórica de la cultura escrita y, por ahí, a la adquisición de hábitos de lectura.

Desde ya la simple lectura de aquellas novelas y cuentos ingresan al lector a espacios o mundos de realidades humanas o espacio-temporales al mismo tiempo emparentados y disímiles. La novela *Angurrientos*, por ejemplo, remite, a una temática y argumentalmente mente a un ámbito social donde la miseria tiende a reproducir los mecanismos destructivos que la perpetúan. Exclusión y segregación se concentran en un territorio cercado donde no parece haber salida para los que experimentan dichas formas de opresión. Los adláteres treinta-y-ochistas de Godoy vueltos a aquel afinamiento social no harán menos.

Recordemos, de paso, que el término “estilo”, que ha sido muy a menudo utilizado respecto de la escritura de Juan Godoy, es polisémico en sus usos ordinarios. Y que, en general, se trata de aquel dispositivo verbal que rige el enlace y la organización de la cadena de palabras y giros, su conveniencia y su adaptación al tema, las circunstancias y el trazado de los personajes implicados en el acto discursivo. Pero es sobre todo aquella parte de la expresión escrita dejada a la libertad de cada cual y que no está impuesta directamente por normas o por las reglas de uso de la lengua. Sólo que en Juan Godoy el término de “estilo” apunta a una intensa y profunda calidad expresiva que le es personalísima en la medida en que implica una suerte de apropiación vital, existencial, de la lengua literaria. Lo “narrado” aquí adquiere existencia única en su gesto personalísimo. En suma, si Godoy no ha tenido “imitadores” es porque su estilo es sencillamente inimitable.

7. Otra característica del escritor Juan Godoy que se menciona es la exigencia expresiva. ¿Le oyó usted decir que la condición de esa exigencia, que él valoraba mucho en algunos escritores de este tiempo, la advertía sobre todo en aquellos que eran ‘rigurosos cuestionadores de su oficio’? Hay quienes recuerdan esa idea suya, y expresada más de una vez en esos términos. ¿Cuáles eran sus preferencias en cuanto a obras y autores?

Sin querer entrar en precisiones de orden técnico literario, se puede avanzar que lo propio de la escritura planteado en la novela de Juan Godoy –por ejemplo en *La cifra solitaria*, entre otros escritos–, redundaba en descoyuntar el orden narrativo y las premisas secuenciales de la corriente realista crítica “criollista” y su ideología edificante.

En dicha novela-poema sus personajes, unas vidas ya ordinarias ya fuera del común, bañan en un trasfondo mental abrumado por temores primitivos, desgracias y desvelos, voces subconscientes; la forma narrativa peculiar tiende a fundir poéticamente en su atmósfera autor, narrador y personajes, a fuerza de un lenguaje estilizado en tal forma que deja la impresión de un escritor que, voluptuosamente, en su “apetencia vital de estilo”, debe haber logrado ponerlo a punto bordeando el sufrimiento.

En vida, y desde su primera novela, críticos y especialistas acogieron sus obras y no escatimaron en hacer resaltar sus valores confiriéndole un sitio de selección en nuestras letras: se lo señaló como el mejor estilista de la literatura chilena, el más excelente escritor de su generación, el más notable de los suyos, etc., etc. Y luego de su muerte, cuando parecían su persona y obras echadas al olvido, un novelista postergado y silenciado, en suma, la prensa literaria, con sesgo culposo, habló de una “institución mitológica de nuestra literatura secreta”. Las razones de este “olvido”, por decir lo menos, merecen ser tematizadas por nuestra historia literaria.

8. *¿Cómo era la relación, y la valoración de Juan Godoy con sus compañeros generacionalmente más próximos, y con la literatura chilena e hispanoamericana?*

Entre los escritores adscritos a dicha proximidad literaria generacional, destacan Nicomedes Guzmán, Reinaldo Lomboy, Carlos Droguet y Fernando Alegría, entre otros. Durante los primeros años 50 dicha promoción se arrellena aún en su apogeo, y vive intensamente la bohemia santiaguina en bares y restaurantes habituales (el “Hércules”, “El Bosco”, “El Zeppelin”, la “Unión Comercial”, el “Black and White”, el “Club Alemán”, el “El Pollo Dorado” o “El Rey de las Papas Fritas”, etc.). Sitios de encuentro avanzada la noche al vaivén de la comida y el vino tinto, para entregarse a la tertulia y a discusiones literarias. Fiel a esta tradición, asiduo visitante de lugares nocturnos, Juan Godoy se multiplica por los bares de calle Bandera, Esmeralda y San Diego. Dotado de fuerte personalidad, autosuficiente, consciente de su indudable autoridad intelectual, Godoy comenzará pronto sentir crecer la hostilidad del ambiente, aquella venida de los nuevos o no tan nuevos escritores e intelectuales asiduos a un conformismo de momento, propicio a su premura de rápido reconocimiento público.

Lo innegable es que la cultura literaria pública de comienzo de los años 60 tomaría sus distancias con la obra de Juan Godoy; ya fuere por las razones banales de exigua promoción editorial, bien conocidas, ya sea por un giro o vuelco “natural” de la “lívido imaginaria” en materia de expectativa lectora. Es sobre todo en este orden de cosas que encontrará su linde el inigualable empeño estilístico de J. Godoy, en el sentido ya aludido, junto a su apego por hacer revivir en el plasma verbal, carnal, de un cierto imaginario, tan vívido como crudamente temático, el legado clásico del mejor y más rico castellano escrito.

Respecto a su “valoración” en el terreno de la literatura hispanoamericana, valga citar una anécdota personal y otra propiamente documental. Hacia 1980, de viaje por

Barcelona, me crucé con José Donoso en la avenida Diagonal; me acerqué a saludarlo y presentarme como su lector. Me invitó a almorzar en su casa en las afueras de la capital catalana y en un momento, a fin de proseguir el diálogo, le referí mi parentesco con Juan Godoy. Un tanto desazonado me dijo saber, “por supuesto”, de su existencia, pero, sin dejar en claro haberlo leído, me citó al cabo de un esfuerzo de memoria el título de *Angurrientos...* y pasó, pasamos, a otro tema.

No, la verdad es que no, no hay, sino excepcionalmente, una difusión editorial de la obra de Godoy fuera de Chile. Pero valga traer a cuento, a título anecdótico, el encuentro con Juan Godoy del escritor argentino Bernardo Kordon, autor ya entonces de una docena de novelas célebres, entre ellas “Toribio Torres, alias Gardelito”.

En su novelada crónica de viaje, *Vagabundo en Tombuctú* (que cito aquí de memoria), Kordon cuenta haber encontrado una tarde de 1956, en una librería de viejo de calle San Diego, a un “profesor algo mayor”, y que en el texto de su crónica identifica, por discreción, sólo por sus iniciales “J. G.”. Juan Godoy entonces lo interpela y lo conduce a un diálogo erudito sobre libros y autores en el que Kordon, por curiosidad de cronista, se siente sin más embarcado. Lo incita luego a recorrer caminando Santiago Centro y enseñarle la ciudad, su historia y sus “picadas”, en cada una de las cuales beben unas copas, y que, ya tarde, venido el momento del cierre de las mismas, cruzan un puente sobre el Mapocho hacia el barrio Recoleta hasta un bar aún abierto, en donde Godoy, ya muy bebido, entra en conflicto, con un grupo de policías, fuera de servicio, acodados en la barra, a quienes increpa a gritos acusándolos de la masacre del Seguro Obrero. Los dichos uniformados no reaccionan como sería de esperar o de temer, y a cambio gesticulan con humor mandón en su dirección mostrándole la puerta de salida que Godoy gruñendo, tambaleante, termina por alcanzar, seguido por un Kordon desconcertado. Ya afuera de ese bar, Godoy vomita al pie de un muro, asistido ¡por uno de aquellos policías que lo ha seguido!

Kordon se deja llevar ahora por Godoy, siempre a pie, por el barrio Recoleta que él ignora ser aquel de la residencia de Godoy. Venido un momento, éste se lo hace saber antes de dejarlo en la puerta de un tranvía camino al centro de Santiago. No se sabe que Kordon, simpatizante del país chileno, su lugar de refugio político, casado más tarde con una chilena, haya vuelto nunca más a hablar de Godoy. Con o sin su nombre completo.